

Los sucesos de Santa Cruz

relatados por uno que actuó en ellos

(CONTINUACION)

Terminada la primera "faena" en Punta Alta, en que el comisario Douglas cargó y descargó su revólver muchas veces, matando obreros como si fueran perros dañinos, los que quedaron en pie fueron conducidos y encerrados en brejes; pero no sin antes haber mostrado el capitán Viñas Ibarra cómo se hace justicia. Requerido por el jefe de los handoleros, se desistió del grupo el compañero Pintos, quien con el único fin de que saciaran en el "solamento" la sed de sangre que mostraban aquellas liebres humanas. "¿Qué persiguen con esta huelga?" — le preguntó Viñas Ibarra.

"¿Conseguir la libertad de los compañeros que están sufriendo en los cuarteles, injustamente?" — contestó Pintos. — "Nada más. Nada más. Y por eso solo huelga." — "Nada más que por eso, y por conseguirlo de luchar tantas veces." — "Pues no vas a luchar mucho más, porque ahora mismo vas a ser fusilado. A ver, ponte al frente." (Obedeciendo la orden, no sin mil reclamaciones e insultos bien merecidos) ¡Soldados argentinos! ¡Preparen! ¡Apunten! ¡Fuego!!! El compañero Pintos se dispuso a acobillar y a dar el primer tiro. Pero el capitán Douglas, que no había podido comprobar varios compañeros suyos (era chileno), que muchos días después desenterraron varios cadáveres y le contaron a Pintos, como a los demás desenterrados, el número de balazos recibidos, lo mismo que pudieron comprobar que varios de los enterrados no habían fallecido a causa de las heridas recibidas, sino por asfixia por haber sido enterrados vivos con heridas que no hubieran sido mortales.

El buen polizonte, comisario Douglas, también se ensañó con un refinamiento bestial. Una de sus víctimas, mal herida y sufriendo lo insoportable, le rogaba que lo ultimase. "No quiero, concluíste, para que sufras más; sufre, eres como un perro, así me gusta verte sufrir", le contestó y le pegó una fuerte patada, patada, sí, porque las bestias no tienen pies. De los muchos soldados, uno pudo ponerse a salvo, durante la noche, con un feroz sabalajo que le había quitado por completo de un mulo un gran trozo de carne, pudo llegar hasta casa, donde la Cruz Roja lo atendió y más tarde condujo a Punta Arenas, pero no pudo sobrevivir, falleció en el Hospital.

Como ya le he dicho, los prisioneros fueron encerrados en brejes, en los cuarteles, con la diferencia de que a ellos se les tenía atados, y para mayor mofa y escarnio, por inspiración de no sé quien, se les garroteaba, y con tijeras de esquilador se les cortó el pelo, formando una gran cruz en bajo relieve. A más de esto, los apóstrofes e insultos más sucios y los lazarejos llovían sobre ellos. Después, por orden de Viñas Ibarra y de Douglas, se sacaban en grupos de 8 y de 10, y munidos de palas iban a abrir fosos; cuando se creían con bastante profundidad, un pelotón de conscriptos hacía una descarga sobre los trabajadores y echaba al foso los que no habían caído adentro, a culatazos y patadas; no importaba que hubieran muerto todos o no. El grupo siguiente cubría con tierra a los muertos, moribundos y heridos del anterior, y así sucesivamente. Quedaron con vida muy pocos, se dice que unos 20.

Dos detalles: cuando los primeros fusilamientos, tocaba el turno a un ex carabapero argentino; parado frente a los tiradores, se dirigió a Viñas Ibarra: "Un pedido, mi capitán." — "Diga." — "He sido soldado de la patria, y como tal, y para salvar el honor (?) del ejército argentino pido que antes de ser fusilado se me haga proceso sumario, aunque sea verbal." — "¿Usted ha sido soldado?" — "Sí, mi capitán; he sido tres años. Retírese al flanco derecho." — le dijo Viñas Ibarra, y no fué fusilado. El "honor" del ejército argentino fué puesto a salvo!!!

La medida del grado de barbarismo y de refinamiento en la crueldad a que fueron sometidos los prisioneros antes de ser ultimados, la da el siguiente episodio. Un cargamento policial, Olivera, sujeto de pésimos antecedentes y famoso como buen verdugo policial, por sus coleros castigos y palizas y hasta por sus crímenes, conpedecido de cuanto hacían sufrir a los condenados a la última pena por lo bárbaro de los tormentos a que antes de la sumaria no pudo menos que recurrir, casi enfurecido, al capitán Viñas Ibarra y a su mismo superior inmediato comisario Douglas: "No sean crueles, los dijo, si los van a matar, mátenlos de una vez, pero no los hagan sufrir tanto, que ni con los animales dañinos se hace eso". Pero la tragedia siguió su curso. Admiró que Olivera no pagase con su vida ese su inesperado y significativo rastro de compasión por aquellos infelices obreros.

Por la ayuda a los anarquistas presos en Rusia y por los prójimos anarquistas en Alemania

IMPORTANTE RIFA

De diez cuadros de tamaño grande, con los retratos al carbón de: ENRIQUE MALATESTA, LEON TOLSTOY, LUISA MICHEL, PEDRO GORI, MIGUEL BAKOUNINE, PEDRO KROPOTKINE, ENRIQUE IBSEN, F. DOMELA NIEWERHOIS, FERMIN SALVOCHEA y PROUDHON, de cuyo valor artístico pueden juzgar los compañeros viéndolos en el local de "LA ANTORCHA", donde están en exhibición.

La Rifa se sorteará por la ULTIMA JUGADA del mes de MAYO de la Lotería Nacional, correspondiendo cada uno de los diez premios a los poseedores de los números cuyas tres últimas cifras coincidan con las correspondientes del primer premio de esa jugada.

PRECIO DE LA BOLITA: \$ 0.20

libertad. En qué consiste la libertad? esa sola pretensión demostraría la poca consistencia y la sin razón de sus ideales u ambiciones. Esta es, según mi parecer, la única manera de asegurar en las sociedades humanas el orden y la libertad, puesto que así se consigue que los hombres se desenvuelvan de acuerdo con sus propias convicciones y demuestran prácticamente la bondad social de sus ideales; sirviendo esto al mismo tiempo de estímulo moral e intelectual para los hombres y las colectividades que por sus actividades lograsen mayor grado de beneficios a la humanidad.

Esto es lo que queremos los anarquistas, y en esto consiste para nosotros la libertad y la civilización.

NOTAS DOCUMENTALES Kropotkin y la Revolución Rusa

La hija de Kropotkin, Sacha, ha dado a la publicidad una nota escrita por su padre, interesantísima, sobre todo, a título de documento personal, acompañándola de unas explicaciones suyas. Como creemos de sumo interés a los lectores, la transcribimos, en la seguridad de que ello ha de complacer a nuestros lectores.

El silencio casi absoluto que guardó mi padre, públicamente, durante estos tres últimos años ha sido una constante fuente de sorpresa, no sólo para sus camaradas anarquistas fuera de Rusia, sino también para aquellos a quienes su nombre era conocido.

La explicación de este silencio no es muy difícil de encontrar. Consiste en tres hechos: primero, que la revolución de una revolución, y algo más allá de toda revolución humana; que se desarrolla en la siguiente escala. Segundo, que aprobar aquellas formas de vida que eran implantadas en Rusia, aun cuando en cuenta las innumerables circunstancias estenuantes, ha sido, desde el punto de vista de un revolucionario, una forma de progreso que una revolución supone.

En fecha próxima espero poder publicar la masa de materiales referentes a los sucesos de estos tres últimos años que ha dejado mi padre. En su mayoría son cartas dirigidas a los prohombres bolcheviques, algunas de ellas a Lenin; protestas contra diversos actos del Gobierno, advertencias de que ciertos decretos sólo servirían para facilitar el triunfo de aquellos elementos que más seguramente abrirán el camino a una pronta revolución. Otras cartas a amigos en Rusia y más cuantas a amigos de Occidente. También hay borradores de algunos discursos pronunciados en Dnitrow (la aldea donde vivía) con motivo de las reuniones de las cooperativas locales, y numerosas notas — a veces casi folletos — sobre sucesos del día, muchas de ellas escritas cuando esperaba la visita de algún amigo de Europa o América.

Nada de ello ha sido publicado, no sólo por las razones ya indicadas, sino también porque en Rusia no hay otra Prensa que la oficial del Gobierno. Hasta marzo de 1921 había una editorial anarquista dirigida por el grupo anarquista-sindicalista. *Golos Truda* ("La Voz del Trabajo"), que había publicado todas las obras de mi padre; pero poco después de su muerte el comité ejecutivo del Soviet de Moscú aprobó una moción declarando la editorial *Golos Truda* para la publicación de "que se daría todo el apoyo posible a las obras del camarada Kropotkin", con tan brillante resultado que, quince días más tarde, la tienda y la imprenta de *Golos Truda* eran cerradas por orden del Gobierno y casi todo su material salvajemente destruido.

Y cerradas siguen, y hoy no pueden obtenerse en Rusia los libros de mi padre. Por otra parte, mi padre no había querido publicar nada de actualidad en la *Golos Truda* temiendo que el censurar al Gobierno acarrearía, no su propia detención, cosa que a pesar de su edad y sus achaques no le preocupaba, sino el encarcelamiento de los camaradas que en ella trabajaban.

No sin bastante desconfianza me aventuro a dar a la publicidad el siguiente fragmento. Espero que muchos pueda parecer pesimista. Las revoluciones no son el resultado de un deseo de destrucción ni siquiera de rápido cambio por parte de los llamados revolucionarios, sino la consecuencia inevitable de la apatía de los ciudadanos en la evolución. Quien no comprenden esto seguramente encontrarán sólo en la nota de mi padre una prueba más de lo "esperantable" de las revoluciones. Pero quizás no valga la pena de preocuparse más de estos pesimismo profesional.

La conversación a que la nota se refiere tuvo lugar en Dnitrow el 23 de noviembre de 1920, a media tarde. Cuando mi padre nos llamó poco después a mi madre y a mí para salir, todavía se encontraba muy cansado y la voz le temblaba al comenzar la lectura de la letra del manuscrito original, aquella hermosa letra regular y sencilla, firme, aparece casi ilegible en la primera página. Toda la nota fué escrita en un momento de pasión y de impaciencia. Realmente, una de las mayores tragedias a que he asistido durante estos tres años, años

perficie de las olas que se acercan puede su influencia notarse levemente. Pero congregaciones reducidas que no forman una gran masa, son completamente impotentes; toda su fuerza se reduce a cero.

Imaginé una ola alta como una casa, que va a romper sobre la playa, e imaginé a un hombre intentando hacerle frente con un bastón, o aun con su bote. Pues vuestra fuerza no es mayor. Aguantar el ciclón mientras se pueda es lo único posible.

Esta es la posición en que yo, un anarquista, me encuentro. Pero también otros partidos mucho más numerosos se encuentran hoy en Rusia en situación análoga.

Y aún diré más: el mismo partido que gobierna se encuentra en igual posición. Actualmente ya no gobierna, se deja arrastrar por la corriente que ayudo a crear, pero que es ahora mil veces más fuerte que el partido mismo.

Había un dique que contenía una gran masa de agua. Todos trabajamos en minar ese dique. Y yo hice mi parte.

Uros sonaban guiar las aguas al estrecho canal donde aguardaban sus propios molinos. Otros esperaron abrir un nuevo cauce con ayuda de la corriente. Ahora, ya se precipitan las aguas, no hacia los molinos, que han arrastrado, ni tampoco hacia el cauce que los habitantes venían usando, porque la riada no se ha producido como resultado de nuestros esfuerzos, sino como resultado de una masa de razones mucho mayores que permitieron a las aguas romper el dique.

Y ahora la cuestión es: ¿qué se debe hacer? ¿Reparar el dique? Absurdo. Es demasiado tarde.

¿Abrir un nuevo cauce a la corriente? Imposible. Ya le preparamos un canal, el que creímos mejor, y resultó superficial e insuficiente. Cuando vinieron las aguas no corrieron por él. Se precipitaron por otro camino, rompiéndolo todo al paso.

¿Qué debe, pues, hacerse?

Nos encontramos en medio de una revolución que no ha avanzado por los caminos que los habíamos abierto, pero que no tuvimos tiempo de abrir suficientemente. ¿Qué puede hacerse ahora?

¿Oponerse a la revolución? ¡Absurdo! Es demasiado tarde. La revolución seguirá su camino, en dirección de la menor resistencia, sin prestar la más mínima atención a nuestros esfuerzos.

En el momento actual la Revolución Rusa se encuentra en la siguiente posición: está combatiendo a los bolcheviques, está virriando el país entero, en su furiosa demencia está aniquilando vidas preciosas, destruyendo sin mirar lo que destruye, ni saber adónde va. Esto que por eso, se dice, es una revolución y no un progreso pacífico.

Y mientras esta fuerza no se gaste por sí misma, como tiene que gastarse, nada podemos hacer para encauzarla.

Peró, ¿y entonces?

Entonces... inevitablemente, vendrá una reacción. Tal es la ley de la Historia y es fácil comprender por qué no puede ser de otra manera.

La gente se figura que podemos modificar la forma de desarrollo de una revolución. Ilusión pueril. Una revolución es una fuerza cuyo crecimiento no puede ser modificado.

Y una reacción es absolutamente inevitable; lo mismo que una depresión sigue a la ola en el agua; lo mismo que la debilidad sucede en el ser humano a todo período de actividad febril.

Por consiguiente, lo único que podemos hacer es aplicar nuestra energía a disminuir el furor y la fuerza de la reacción venidera.

Peró, ¿en qué pueden consistir nuestros esfuerzos?

En modificar las pasiones, tanto en un bando como en otro? ¿Y quién nos escuchará? Aunque existieran diplomáticos capaces de desempeñar el papel, el momento de los debates aún no ha llegado; ninguno de los bandos está todavía dispuesto a hacerle caso.

No veo más que una cosa: ir reuniendo gentes de uno y otro partido que sean capaces de emprender una obra constructiva después que la revolución haya pasado su fuerza. Nosotros, los anarquistas, debemos, por nuestra parte, reunir un grupo de trabajadores anarquistas honrados, educados y que no estén devorados por el orgullo.

Y si yo fuese más joven y pudiese hablar con centenares de personas de la manera que es preciso hablar si se quiere reunir hombres para trabajar en común...

(1) La mujer y la hija.

La libertad que nosotros anhelamos para los cuerpos y los espíritus no es de aquellas que descienden de lo alto, por violencia de leyes o de guillotinas, sino que irradia de abajo, donde haya penetrado la luz, y asciende, con fulgor de sol, del individuo a la especie, del hombre a la humanidad.

Pedro Gori.